

EN ALGUNA CASA JUNTO AL MAR

Rosa María Rodríguez Magda

Valencia, Palmart, 2002, ISBN.84-931682-8-9

*Para L.
Lo quieras o no,
tú estás en el relato.*

No recuerdo cuándo comencé a notar su presencia. Hacía unos días que yo había llegado a la Casa, en los oídos las palabras de Juan, el apresuramiento del equipaje, las ganas de huir hacia lugar alguno, y ya en el camino, el coche dirigiéndose, pareciendo escoger él mismo la trayectoria. Ninguna sorpresa al encontrar la llave en el hueco del alféizar, bajo el ladrillo suelto y desvencijado, esperándome, como los muebles apenas sin polvo. El desván había soportado bien las últimas lluvias y todas las anteriores inclemencias de estos años de abandono. No quise recorrer toda la Casa en los primeros momentos, tomar posesión. En realidad, nunca me había pertenecido, sus pasillos tenían algo de excesivo y destartado, jamás supe con certeza el número de sus habitaciones, y había cierta majestuosidad en ese desmoronamiento que sólo el silencio presenciaba. La Casa era autónoma, únicamente un lento amoldamiento a su atmósfera podía evitar que mi estancia constituyera una profanación...

...Poco a poco supiste que no estabas sola. Era una cercanía que no podías describir, queda, tranquila. Agradecías esa sensación de compañía que te iba penetrando. Ningún rumor, ningún desasosiego. Ni siquiera el interés por visitar el piso alto o el corredor del fondo...

...Presentí que se trataba de "ella". ¿Cómo justificar mi certeza de que fuera una mujer? Acaso la levedad, el matiz no impositivo de su presencia, esa tácita complicidad femenina restañó mis últimas dudas. Ella no pertenecía a la Casa; era, como yo, huésped, transeúnte entre aquellas paredes sin pasado común. Preguntarse qué la había traído aquí era lo razonable, pero intuí que cualquier intento de explicación lógica estaba fuera de lugar. ¿Qué es una razón o una causa sino un medio de conjurar el asombro? Y eran asombro, expectación, desconocimiento, las claves nuevas y pausadas con las que su existencia comenzaba a hacerse mía...

...Ciertamente nada he oído o visto. ¿Cómo estar segura de su realidad? ¿No será acaso mi coartada el fantasma con que conjuro el pánico a la soledad? Pero, aunque parezca curioso, no me siento objeto de su atención... –ella que podría espíarme sin yo apreciarlo–, más bien soy yo quien comienza a ordenar mi vida en torno a su presencia, rescatando el hecho de ese vulgar hacinamiento llamado verosimilitud. Yo que todo lo ignoro de ella, a mí para quien sería muy difícil definir con qué clase de extraño sentido ha percibido algo que pueda serle propio. ¿A qué aguzar el oído, la vista?, ¿dónde extender la mano?, ¿quién?, ¿qué? No jugar a las grandes razones, ella es una realidad prescindible; basta cruzar la puerta de esta mi elegida reclusión para enmascarar la soledad en el trasiego de mi vida, junto aquellos que, no acierto a saber bien el motivo, tan sólo temporalmente ha postergado. Tampoco un objetivo, ningún hueco a llenar que me llamara a kilómetros de distancia para descifrar un enigma de sensaciones turbadoras. No la necesito, y esa gratuidad se convierte en puro aliciente de algo subyugante.

...Hoy he decidido el traslado a la segunda habitación del primer piso, no quiero hacerle creer que pretendo cercarla. Hasta ahora, mis incursiones se han reducido a mi anterior dormitorio, el salón, la biblioteca, la cocina, el baño y el jardín. Ella sabrá que respeto su zona, ese espacio virgen que mi medida cuida para su independencia...

Era inútil. La exigencia de la narración me agobiaba, acababa por imponérsese como un fardo pesado. La idea de escribirla se había apoderado de mí sin apenas

reflexión, surgiendo en el mismo instante en que se lo contaba a Berta. Berta conduciendo, dejando el cigarrillo en la comisura de los labios mientras, con un gesto resuelto de la mano, buscaba el encendedor en la guantera, acercando la lumbre, los párpados levemente entornados, mientras aspiraba. Yo me había quedado mirándola, sin resistirme a un encanto que remedaba sin saberlo al mejor Bogart, teñido de la timidez de Audrey Hepburn... Sabes: te voy a escribir un cuento. Sonreíste, hacia dentro, como no queriéndome dar pábulo a nada excesivamente personal en nuestras frases, sabiendo que tú comprendías, pero que lo siguiente iba a ser hablar del tráfico, del calor sofocante ya en esa tarde de principios de verano.

Yo había caído un poco por casualidad en aquel piso de la calle Mayor, de todas formas la sustitución en el hospital era un trabajo de temporada, tampoco demasiado interés por afincarse y conocer aquella pequeña ciudad de provincia, que por la noche parecía desaparecer entre la mortecina luz de sus calles, y ni siquiera tenía mar. Al principio, había temido la intromisión excesiva de una gente extraña, pero el amplio ventanal de la habitación libre y la comodidad acabaron por convencerme. Infinita pereza por comenzar a conocerlos, iniciar acercamientos sabidos y conversaciones de ojeo, necesidad de una cortesía neutra para resguardar los límites de mi intimidad, y acaso era éste un mismo desinterés compartido, porque las zonas comunes fueron muy de tiempo en tiempo ocupadas, y el hecho de tener turnos distintos y giratorios otorgaba un cierto ambiente a la vivienda, donde había que entrar con cuidado por si alguien aún dormía, estableciéndose así un orden disperso de comidas y salidas. Te acostumbraras a vivir con la presencia constante pero lejana de los demás, cuando éstos se convertían apenas en un rebullir, un trasiego de pisadas, algún murmullo o golpe de puertas al cerrarse; todo ello más allá de las paredes de la propia habitación, ocurriendo simultáneamente ahí al lado y en el otro confín del universo. Poco a poco, mis compañeros de vivienda comenzaron a hacerse presentes, con su rostro y sus gestos, sus ruidos característicos, sobre todo Berta, a la que me gustaba observar cuando ella no lo advertía. Era, sin duda, la más silenciosa, me llegaba de ella un halo de pulcritud, firmeza, levedad. Sin embargo –el desenvuelto código de la vivienda condicionaba ya cualquier tipo de relación– fue mucho más tarde cuando pude hablar con ella algo más que los breves textos establecidos para la convivencia.

Me había llevado los papeles de aquí para allá sin encontrar momento ni resolución para continuar el relato. Seguramente, Berta había estado muy cerca, excesivamente real para salvar la distancia del misterio. Verla salir desnuda de la ducha o cambiarse en la habitación me había hecho desear un cuerpo más profundo que su cuerpo, otra piel por debajo de la ofrecida a mi vista. ¿Lo sabía ella?, ¿estaba intentando conjurar con su carne desnuda el sortilegio de lo velado?

Fue aquella noche cuando me invadió la certeza. Habíamos ido a casa de Mario. Finalmente se hizo muy tarde y la gente se distribuyó como pudo. Berta y yo compartimos la cama. No teníamos sueño y la oscuridad se convirtió en cómplice de intimidad y palabras susurradas. Parecía absurdo lo poco que habíamos hablado desde que nos conocíamos.

A menudo comentaba con Juan los entresijos del relato. La Casa como espacio cercano, pero ajeno, me era necesaria; esa sensación me había poseído durante mi ocasional convivencia con Berta. Sin embargo, a la hora de escribir, la Casa parecía erigirse en protagonista, temía las resonancias fantásticas del decorado. Acaso una

ambientación más real... pero qué tenía que ver la realidad con todo aquello. Reducir mis sensaciones a lo objetivo era disolverlas en la nada, mi historia se tejía en una zona intermedia, transida de veladas intuiciones, deudora de la cotidianeidad y el espejismo, pero no reconocible totalmente en ninguno de esos ámbitos.

El aire estaba cargado, Luis liaba los canutos con el sabio ritmo de la experiencia, el cassette sonaba al fondo, alguien había apagado la luz y encendido algunas velas, teatral y buscada escenografía que deshacía los rostros en las brumas. El tiempo se había quedado prendido en las lentas palabras de alguna conversación. Como sin advertirlo, me había recostado en los módulos, hasta apoyar mi espalda en el regazo de Berta, el brazo caído sobre su pierna. Cuando reparé, mi mano se desmoronaba en su tobillo, suavemente ascendiendo hasta la rodilla, dibujando la línea oculta de su piel. Una languidez relajada distendía los límites de nuestros cuerpos. La penumbra protegía la intimidad de las caricias, mientras la presencia de los otros se convertía en un ruido lejano, la cadenciosa apariencia de unas sombras huidizas. Alguien comentaba la frase de un libro que sabe Dios de qué forma podía leer, los conceptos se alejaban como pompas de jabón antes de poder captar el sentido completo de la frase, un torpor pesado los acunaba; entre risas, desparramaban las letras por la habitación. Berta y yo guardábamos silencio apenas acogidas al vaivén de la atmósfera, acariciarla era prolongar una sensualidad que anulaba los nombres y las identidades y, sin embargo, me estremecí cuando apoyó la mejilla sobre mi pelo y extendió los brazos rodeando mi cuello. Mis dedos se enervaron al ritmo de un cuerpo que me recibía, suavemente subiendo hasta la blusa, bajo la cual la turgencia de sus pezones saludó el cuenco trémulo de mi mano. Deseé que la oscuridad disolviera el grupo, obtener el tiempo y la soledad precisas para recorrer la caricia y el beso, y no obstante la continencia, la naturalidad un tanto desmadejada, la temerosa huida de cualquier mirada que pudiera descubrir lo que mis sentidos no se atrevían a creer. Los minutos comenzaron a densificarse, y una rabia por no romper los entretejidos de lo externo, y un miedo a que su transcurrir acabara por amortiguar el sortilegio. Alguien buscaba la botella de ginebra, alargué la mano para ofrecerla con desgana. Un momento bastó. Berta se había levantado y salido de la habitación.

Apenas esperar unos instantes, perdida, y salir. Caminar a tientas por el oscuro pasillo, apostarme junto a la puerta por donde había entrado, sentir el corazón golpeando loco en el pecho cuando la hoja se entreabría de nuevo. Mirarla a los ojos, sin atreverme a preguntar, sin la dilación para el consentimiento, con el terror de la inseguridad temblando en mi mano, que ya la obligaba, suave pero firmemente, a retroceder, pegada a la puerta ahora cerrándose tras ambas. Y estrechar aquel cuerpo que no se me debía negar, suave, pequeña, fundidas en el abrazo, mis labios deslizándose por tus mejillas, y ahora sí, recogiendo de tu barbilla el gesto, juntando mi boca a tu boca, y el asombro gozoso de sentir tu lengua entreabriendo mis labios, buscando mi lengua, penetrándome.

No sé si comprendías por qué debía escribir la historia. Berta se me iba desvaneciendo entre los nudos de la cotidianeidad, ella se usurpaba sin saberlo, construyéndose en un escaño de la realidad, engrosando sus gestos hasta diluirse. Ni siquiera puedo tocarte, porque el cuerpo se me vuelve tenso en tu presencia, y es un no colorear las palabras sino para desperdigarlas, marchitas, pisadas, que no oí aquella ni cualquier otra noche. Era preciso salvar a Marta, hacerla nacer, presentirla en los

corredores de la Casa. Tú no sabes por qué, Berta, nos lo debo, hasta que la ficción os acoja tibiamente la piel.

Juan me preguntaba a veces por Berta. Yo notaba cómo poco a poco iba posesionándose también de él mi relato. Se habían visto un par de veces, pero Marta era ya el nombre de todas las fábulas. Hube de describirle la Casa. Lo hice con cuidado, temerosa de que aun con la imaginación pudiera él adentrarse en alguna de las estancias que yo no había osado pisar. Esa Casa inmensa, heredada de ningún pariente, pero con sabor antiguo remansado en sus paredes. Le narré cómo el rumor del mar podía sentirse por las noches, y también la aspereza salina e impávida de su atmósfera. No, Juan, yo sé que necesariamente Marta ha de andar por alguno de aquellos corredores, moverse sigilosamente cuando duermo, dejar el hueco de su cuerpo marcado en los sillones, en alguno de los lechos y, no obstante, empiezo a dudar que cualquiera de estos leves signos quiera ella verdaderamente dármele, dejarlo semivelado para mi mirada. Pero aquel beso, Berta, guardado entre el alcohol y la hierba, porque no se besa impunemente a nadie en la oscuridad de una habitación, y acaso ya ni siquiera sea tuyo, Marta lo comprende, por eso me esquivo y me muestra de algún modo su presencia en el espacio sin posesión de la Casa. Y Juan asintiendo, transformándose en un callado receptor de ausencias. Construir un relato es otorgar carta de ciudadanía a lo fantástico y, sin embargo, también está el trabajo, el encadenamiento lógico, la secuencia de acción y descripciones, y es eso, Juan, lo que me cuesta, porque la acción en este caso es un deambular de presentimientos, silencios y ráfagas, y cómo voy a describir si me duele la exterioridad de cada objeto, y yo soy la Casa, el mar, ella.

...Aquella mañana me levanté tarde, había dejado que el sol, entrando por la ventana, fuera lentamente despertándome, desaliño sobre la somnolencia y las sábanas. Salí a pasear entre las rocas, el mar estaba azul y se rompía mansamente en las peñas, al fondo, lejano, indiferente y vital, suntuoso y soberbio desde un horizonte magnificado por la altura. No había nadie en el acantilado, la playa tenía un difícil acceso, imposible desde el mirador elevado donde me encontraba. Al principio no la vi, pero pronto descubrí su cuerpo desnudo, tendido con abandono sobre la arena, golosamente gatuna ante los rayos del mediodía. Un violento sobresalto me atenazó la garganta. Desde aquella distancia, apenas distinguía el rostro. Sin embargo supe que era ella, qué me importaban sus facciones para reconocerla, si nunca las había visto. Aún estuve un rato observándola, bebiendo aquella piel morena con que el paseo de la mañana me había obsequiado. Ahora no cabía duda, ese leve hálito percibido, y que en momentos especialmente receptivos había llegado a erizarme, era real; yo no estaba sola en la Casa. Regresé lentamente, no demorándome en el regalo, asequible únicamente por la distancia al cuidado de aquellos días. Al llegar al jardín, arranqué algunas flores silvestres que se arracimaban en el muro, el ramillete lo dejé sobre la mesa baja de la biblioteca, no había ningún mensaje, nada quería decir nada, eran para ella y ella comprendería.

¿Ciertamente comprende?, su silencio a veces me anima y siento crecer la seguridad entre la comisura de mis labios al ir enlazando una a una las frases, trenzando una imagen que hago y deshago para su silencio. Pero en otras ocasiones me siento torpe, y veo cómo ella rompe el apresurado engranaje de mis gestos, desbaratando el

disimulo con que visto los contactos más triviales. Berta, puta, voy de aquí para allá demudándome, recibiendo deshechas las tretas que mis dedos no osan. Y lo peor es que si algún día consiguiera cercarla, asediarla, rendirla, sé que sus ojos no mostrarían asombro, sino la serena sonrisa de quien, sabiéndolo, espera.

Juan, que se ha ido, dejándome sumergida en un marasmo de papeles y colillas, con el gesto cariñoso de quien permite, derrotado, trabajar al amigo, y ahora descubro una cuartilla suya doblada sobre la repisa, como si un poco de misterio conviniera a la fábula que entre ¿los tres? estamos creando, y ya sé, Juan tú lo has compartido desde el primer momento, cuando callado has ido penetrando en la historia, y no llego a vislumbrar si era fatal, pero ya te me conviertes indefectiblemente en personaje –que no querías tú quedarte fuera– cuando leo tus palabras:

“¿Por qué tu amor por Berta?, ¿cómo surge esa pasión silenciosa por su cuerpo, por ella? Su leve presencia que ha llegado hasta mí llenándome de su nombre, por referencia al tuyo. Qué extrañeza al compartirlo y, sin embargo, qué inmensa belleza. Siento la imposibilidad del fingimiento y, quizá por ello, a la vez, la sorpresa de sentirme compartiendo ¿qué?, ¿con quién? y, sobre todo, ¿por qué? No demos respuestas. Este entrecruzamiento de líneas y argumentos es el todo de la narración. El problema es siempre el supuesto destinatario de un cuento vacío de rostro y, no obstante, en la distancia atractivo. Y ella no lo sabrá nunca. ¿O sí?”

Me he quedado un rato releuyéndolo. De pronto, ya no era yo la problemática autora de un relato que se negaba a surgir, sino uno más de sus comparsas prendido en su alquimia. Él se convierte, paso a paso, en la única realidad irrenunciable, ciñéndome al encanto de sus tropos y su enigma, porque es el propio relato quien no consiente en construirse de forma lineal, reducido a literatura muerta. Es él quien rebulle en el rincón de lo mágico distribuyendo nuestros papeles.

En vano dejé transcurrir la noche esperándote. Sabía que no eras tú cuando oí crujir la puerta quedamente y Luis me preguntó susurrante si ya dormía. Había dejado que él me acariciase para ocultar ante los otros aquella evidente ternura nuestra, no quería verlos inmiscuirse en algo que ni siquiera –¿verdad?– había ocurrido. Cómo iba a entender que estaba en efecto excitada, pero sólo porque mi piel guardaba la huella suave de tus labios. Mi cama reservaba un espacio que su cuerpo no debía llenar. Aquel miembro erguido acercándose como una imposición revolvía una violencia que únicamente la complicidad de tu carne hubiera podido aplacar, porque a veces una mujer no tolera la incisión de la azada, y sólo anhela deshacerse entre los muslos semejantes de otra gruta salina.

Pude balbucear alguna excusa inconexa. Luis salió de mi habitación, la necesitaba para mí y para tu recuerdo. En vano dejé transcurrir la noche esperándote.

Temía la mañana siguiente, que tus ojos juzgaran desenvueltamente episódico lo que yo hubiese deseado un comienzo, porque ya para siempre había perdido la facultad de la caricia inocente y amigable, y desde entonces este cuerpo que se me vuelve torpe en tu presencia. Porque tu silencio... y no negaste pero tampoco acogiste, e irremediamente la noche se había tragado una promesa.

Empezaba a encontrarme sola, las flores seguían marchitándose sobre la mesa de la biblioteca, y no quise odiarte por no haber ni siquiera dejado traslucir un tacto

entre sus tallos. No era eso; pero los días comenzaban a hacerse infinitamente lentos. Había ido de nuevo a la playa con la esperanza de volver a verte, estrechar un amago de vínculo en medio de este vacío. Hubiera deseado, mientras la tarde caía, entre las sobras violeta del crepúsculo, poder hablarte, porque me había poseído una nostalgia triste y desamparada, aunque seguramente nada tenía que contar. Tú me sabías a hueco, insoportable ahora, después de haberte presentado. No sé qué acto hubiera podido saciarme, mi desasosiego se agotaba en la carencia; y estas ganas tontas de llorar, arrebujiada contra el sillón de cuero, implorando a su brazo inerte un hombro amigo, un poco angustiada por tantos sucesos y sentimientos malditamente prendidos a causas ficticias, en todo caso inexpresables. Podía quedarme horas allí sentada, sin que en apariencia hubiera ocurrido nada, y haber sin embargo transcurrido ciclones, éxtasis, abismos, junto a una mesa donde algo más que flores seguía consumiéndose.

Juan había evitado todo comentario. Existían dos niveles en nuestras referencias a ella. Berta era los “dale recuerdos de mi parte”, un poco enviados al desgaire, entre dos extremos presentes, si bien inconexos. No obstante, de improviso, Marta crecía y entonces Juan preguntaba, poniendo cara de entrar en la narración que, de alguna manera, había acabado también por pertenecerle. Juan ¿sabes? tú serás el Juan de la historia, se me sale de los labios tu nombre en las primeras líneas, aunque no haces nada, pero así se sabe que estás ahí, de lejos, entre bambalinas, observándolo todo, con esos profundos ojos tuyos, Juan, no te me irás a poner celoso, aunque no, Berta es mía —es como no tener nada—, pero Marta es nuestra, de los dos, de Berta también, porque quizás algún día le presente el montón de papeles ya escritos, para que comprenda. Yo decía esto, y era verdad, también un poco incierto, en definitiva ellos me pertenecían, y todos al relato. Él-yo habíamos tramado la cita que nos congregaba inconexos e imaginarios, en alguna zona común de un tiempo convergente y un espacio paralelo. Acaso Berta la más ajena o sabia, incapaz de desprenderse, aunque de momento lo ignorara, de esa segunda piel de Marta, crecida sobre ella. La narración se había convertido en un cruce de sendas, donde personajes desconocidos comenzaban a saludarse con cierta ambigua familiaridad. Frecuentemente, yo guardaba el semblante de cada uno de ellos, encarcelados y quietos, para que comprendieran cómo de alguna oscura manera eran míos. Un poder que sólo el papel y el tiempo acabarían por arrancarme, cuando toda esta historia y sus laberintos quedaran definitivamente arrinconados en el olvido, cuando nadie supiera recordar cómo llego a prendernos tanto algo que a ninguno había ocurrido.

...Era curioso cómo el azar suministraba todo lo preciso en lo accesorio, incluso un surtido apreciable en el mueble bar de la Casa. Nunca me ha gustado beber sola, te precipita en el horizonte de la negrura con la lucidez amarga. Y, a fin de cuentas, qué importaba, yo estaba estúpidamente recluida en aquel caserón, huyendo de nada, esperando no sé qué, platicando con fantasmas que hasta su mismo espejismo hurtaban. Con un manotazo crispado, desparramé las flores marchitas, cansada también yo de agostarme sin remedio. Quizá una copa de coñac fuera el búcaro preciso, inicié teatralmente el gesto, pero los tallos se deshicieron entre mis dedos. Marta, ¿ni siquiera un resquicio de curiosidad te ha hecho acercarte? No puedo por más tiempo descifrar el esquivo acróstico de tus desplazamientos, ¿no te mueve la angustiada zozobra de mi espera? Tal vez debiera haberte seguido, forzado a que te me dieras, urgido a responder sin dilación a mi amor, amor sí, no finjas ignorarlo. He

inhalado el aire que suponía habías rozado, acariciado los muebles intentando dar con aquel en que de seguro te habrías reclinado, o apenas tocado con la orilla del vestido. Si, he bebido demasiado, y por eso te digo todo esto, y levanto la voz, porque sé que también tú conoces mi presencia, me sabes y te ocultas, dueña en tu escondite de una conmoción de la que así te precaves. Desde hace días, no he podido salir, codiciando insistentemente esas leves pisadas que te denotan en el piso superior, pero sin atreverme a subir. ¡Dios, qué terror a iniciar un acercamiento!, porque no iba a tolerar tu mirada atónita, el desmoronamiento de mi sufrimiento inútil, ¿o ignoras que con un gesto puedo borrarte? Ha sido mi obsesión quien por siempre te ha convertido en una criatura preciosa. Sin mí desaparecerías como el reflejo que nadie contempla.

La noche había ido entenebrecido los rincones. Ella, la tráfuga, la enamorada, sabía hasta qué punto era quebradizo su resentimiento, cómo cualquier concesión de Marta, por pequeña que fuera, hubiera bastado para diluirlo. Pero los días... ese tiempo transcurriendo sin que pasara nada, destiñendo en brumas tanta pasión.

Se había levantado casi a tientas, aunque no, porque una luna redonda y pujante iluminaba tenuemente el cuarto. Sin apresuramiento, comenzó a subir los peldaños, no había una determinación consciente, pero supo que no se detendría en el primer piso, doblaría el recodo y seguiría ascendiendo por la escalera, trémula avanzando por el corredor, para dirigirse sin titubeos a aquella habitación del piso alto, sabiendo que la puerta iba a ceder ante la menor presión, y que allí, dibujada al contraluz de los rayos lunares, estaba Marta, de pie, insinuando una sonrisa, asentimiento tácito a tanto desasosiego, una sonrisa que sin palabras decía: ¿ves?, era fácil, sencillo como la fruta que en su sazón madura... Se detuvo a un paso de Marta, frente a frente las dos, y acercó lentamente la mano a su pelo, tan negro entre las sombras como ellas. Suavemente introducir los dedos que ya rozaban leves su nuca y ver cómo los brazos de Marta se abrían, la rodeaban, atrayéndola hacia sí. Sentir caer sin premura la ropa que las cubría, no decir nada, pues el silencio era el velo sagrado que estrechaba el encuentro, no profanar la noche con ninguna explicación innecesaria. Tanto como esperó y ella comprendía, también Marta había esperado, cierta de que al fin subiría, entendería su quedo lenguaje de ausencias. Recorrer lentamente aquella piel anhelada y ahora dulcemente ofrecida, descubrir sus senos, mientras Marta se demoraba igualmente en la redonda tibieza de los suyos, la lengua humedeciendo aquellos pezones que locos se entremezclaban, apresados en el abrazo que también confundía el vello de los pubis. Alternativamente hacer descender los labios por la suave curvatura del vientre, hasta reposar en esos otros labios húmedos y salobres, bebiendo el líquido que presagiaba el éxtasis. Perder la consciencia en el recorrido cóncavo que los muslos abiertos no vedaban, sin prisas, el tiempo es un pozo quieto donde remansa el infinito, y los dedos peregrinos de grutas y sedas transitando los pliegues del placer. Y ahora sí, amor, te siento arqueada hacia mi boca, buscando con la tuya la fuente oculta de mis soles, y es un ritmo que nos confunde y fusiona, anegadas, plenas y lacustres, cuando el frenesí del goce nos contrae en oleadas indomeñables hasta la más luminosa de las noches.

El contrato en el hospital había concluido. Entonces pude calibrar hasta qué punto esa pequeña ciudad reseca y árida se había introducido en mi vida, cómo me había acostumbrado a vivir entre veladas presencias, y qué poco sin embargo me podía llevar de allí, a no ser esa determinada forma de estar en lo espacial, sorteada de murmullos y apresada en mí misma. Con respecto a Berta, tenía sentimientos

contrapuestos. En algún sentido, deseaba dejar de verla, sentía que el tiempo se había cumplido, y por eso Marta. Los astros señalan un instante para la conflagración de lo maravilloso, pasado éste toda reiteración es una caduca vulgarización de lo sublime. Únicamente si los hados lo desean pueden trenzar de nuevo un remanso propicio. Es el azar quien elige a los merecedores, y aquí no, Berta, donde te me has negado tanto al prodigio. Imposible saber si con la separación comenzaba el olvido o una más alta exigencia.

El tiempo adhirió sus conchas a la incertidumbre.

Ver los días amontonándose tras una historia y de pronto despertarse inquieta, con tu nombre sobre la almohada. Las páginas acusadoras exigiendo un final, y yo perdida, releyendo los últimos párrafos escritos, negándome a entrar y salir de aquella habitación donde tuve a Marta, deslavazada como un personaje a quien el autor no quisiera otorgar papel. Porque el relato se ha convertido en un cuarto oscuro, que no me deja vivir al margen, y me susurra un canto de sirenas indescifrable. En vano intentar centrarse en otra cosa. Juan, ya no me pregunta por ellas, es un asunto que únicamente yo puedo resolver, aun cuando su presencia a veces se hace demasiado ostensible, y corro en ocasiones por la playa o me hallo en la biblioteca, sin haberme movido de donde estoy, porque este entrecruzamiento de sueños y realidades debe tener alguna clave que no consigo descifrar. Y Juan ya no me habla, acepta ser cada vez más el Juan del relato, un nombre con mirada pero sin argumento, quieto componente de un rompecabezas en que acaso él sí ha sabido desde el comienzo encontrar su lugar.

Marta, ¿qué hacemos tú y yo atrapadas en aquella habitación, amándonos eternamente, presas de un éxtasis que mi mano no acierta a resolver? Berta, ¿fue real aquel beso?, ¿o también sucedió en algún otro lugar de la Casa? Ahora se me ocurre, tal vez vosotras dos os habéis encontrado en la Casa que creé, pero donde siempre me he hallado perdida, y sin saber el motivo os reconocisteis, a través de mi nombre que ya habéis olvidado... Cualquier final sería bueno si apaciguara esta fija obsesión, pero no, lo sé muy bien, sólo hay uno correcto, sonriéndome burlón desde cualquier esquina del relato, mientras yo tanteo a ciegas. Me halle donde me halle, siempre estoy al pie de ese oscuro corredor repleto de puertas cerradas. Y creo, Juan, que lo comprenderás, por qué he debido abandonar apresuradamente todos los planes e irme a la casa de la playa, entrar y dirigirme directamente a la habitación del primer piso, dejar la puerta entornada, esperando, esperando a que tú, tú que no sabes nada de este lugar, tú, Berta, amor, Marta, decidas llegar.

**Colección
TRANX**

2

Primera edición: abril de 2002

© Rosa María Rodríguez Magda
© de esta edición: Llambert Palmart S.L.

Edita:
Llambert Palmart S.L.
C/ Carcaixent 14, 28a
E-46007 València
Europa

Fax: 00.34.963.227.405
E-mail: llambert_palmart@yahoo.com

Diseño:
New Controlling S.L.

Preimpresión e impresión:

Depósito legal: V-xxxx-2002
ISBN: 84-931682-8-9

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares de los copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea eléctrico, químico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia

Llambert Palmart S.L.

**Colección
TRANX**

Títulos publicados

1

Lo mejor está por llegar

Annie Sprinkle

2

En alguna casa junto al mar
Rosa María Rodríguez Magda

Rosa María Rodríguez Magda ha publicado, dentro del ámbito de la creación literaria, el libro de relatos *Tríptico* (1992), el libro de prosa poética *Las palabras perdidas* (1997) y, en esta misma editorial, *Y de las pavesas surgió el frío* (1998), donde aúna poemas, cuentos breves y aforismos. Junto a esta actividad, se dedica a la reflexión filosófica, de la que son frutos los ensayos *Discurso/Poder* (1984), *La seducción de la diferencia* (1987), *La sonrisa de Saturno. Hacia una teoría transmoderna* (1989), *El modelo Frankenstein* (1997) y *Foucault y la genealogía de los sexos* (1998). Es directora de la revista *Debats*.